

XXI. ALBERTO ZUM FELDE

1. PERSONALIDAD Y OBRA. Alberto Zum Felde (1888) posee una personalidad literaria vastamente conocida en el continente. Es una de las figuras más representativas de las letras en el Uruguay en un período que tiene por centro el segundo cuarto del siglo XX.

Sin ser un especialista de la filosofía, como lo fue su hermano Emilio, de quien hemos hablado, ha realizado obra filosófica, por la vía del ensayo de ideas, el poema mítico y el misterio dramático. Al mismo tiempo que a la literatura su producción interesa, pues, a la filosofía, concebida ésta —como debe serlo y lo ha sido en este trabajo— no reducida a sus manifestaciones académicas. Con la cultura académica, tal como suele presentarse en nuestros países, ingenuamente libresca y europeizante, ha sido severísimo Zum Felde. Es de preguntarse, sin embargo, si su excesiva despreocupación por la tradición filosófica, en lo que tiene de formación y de disciplina, no ha perjudicado la estructura de su obra desde el punto de vista no literario en que aquí la consideramos. En cualquier caso, no pierde ella significado como expresión de un aspecto del pensamiento filosófico uruguayo contemporáneo: el que recae sobre el concepto mismo de cultura y el problema de la cultura americana.

Ha publicado: *El Huanakauri* (1917); *Evolución histórica del Uruguay* (1919; reelaborado en 1941); *Estética del novecientos* (1927); *Proceso intelectual del Uruguay* (1930); *Alción* (1934); *Aula Magna* (1937); *El ocaso de la democracia* (1939); *El problema de la cultura americana* (1943). Unos más, otros menos, todos estos libros se hallan vinculados a la filosofía, en especial la filosofía de la cultura.

2. METAFÍSICA DE LA CULTURA. El tema de la cultura está habitualmente presente en la obra de Zum Felde, abordado de manera directa o por incidencia. Su verdadero interés lo constituye la cuestión de la cultura americana. Pero por exigencias teóricas de esta cuestión se ha visto conducido a especular sobre la noción de cultura en lo que tiene de genérico, a desarrollar una filosofía de la cultura.

Sus ideas en la materia se hallan condensadas en su última obra, *El problema de la cultura americana*. Sustenta allí, a propó-

sito del tema que sirve de título al libro, una concepción metafísica de la cultura.

Parte Zum Felde de un rechazo formal del positivismo, el naturalismo y el materialismo, explicitado ya en *Estética del no-vecientos*, en *Proceso intelectual del Uruguay* y en *El ocaso de la democracia*. Condena la filosofía cientista del siglo XIX, para adherir a la tendencia general de nuestro tiempo hacia la restauración metafísica de sello espiritualista. Tal adhesión no se formula, empero, en la línea de una determinada escuela, ni pretende eliminar radicalmente los elementos naturalistas en la integración del concepto de cultura.

El naturalismo determinista —escribe— cuyo imperium culmina en el siglo pasado, bajo la formulación precaria del positivismo cientificista, ha pretendido reducir toda la compleja fenomenalidad de la cultura a la acción de la objetividad cósmica, a la biología, a la geografía, a la economía, en fin, a la máquina. No caigamos, por reacción, en el absolutismo opuesto, desdénando todo determinismo material, para instaurar un orden de juicios puramente idealista.

Así como en el hombre mismo, microcosmo, todo hecho es una resultante funcional del juego de ese compuesto singular de cuerpo y espíritu que es un ser viviente, en la fenomenalidad de la cultura, que es su ambiente humano, su realidad histórica, todo módulo es la resultante de un compuesto análogo. Tan fuera de la realidad estaría quien todo lo atribuyera a las condiciones telúricas y económicas, como quien prescindiera de ellas, para referirlo todo a las misteriosas inmanencias de la sangre o del espíritu.¹

Pero esos elementos naturalistas a tener en cuenta, serán siempre secundarios. Sólo es segura la empresa que se sustancia y estructura, desde sus bases, en las determinantes físicas y naturales.

Pero no sólo en ellas; ni siquiera en ellas principalmente. Porque todo sometimiento conciente y voluntario del hombre a tales condiciones —como lo postulara el Positivismo— rebaja su personalidad humana y reduce sus valores... Puesto que la cultura es, ante todo y esencialmente, una realidad humana, y no natural, el espíritu es el factor directivo predominante, en vista de sus propias finalidades intrínsecas.²

Sobre tales supuestos, la concepción que ofrece de la cultura

¹ *El problema de la cultura americana* (Buenos Aires, 1943), p. 23.

² *Ibidem*, pp. 24-5.

es de inspiración vitalista, identificada la vida con el espíritu. Entre otros muchos pasajes de significación coincidente, léase:

Toda forma original de cultura sale de otra forma anterior por proceso de metamorfosis, se desprende de otra entidad, como los seres del seno en que se engendraron.³

El orden de la cultura no se produce de fuera a dentro, por proceso mecánico asociativo, sino de dentro a fuera, por proceso biológico, cuya determinante está en el ente mismo espiritual.⁴

Como la vida, la cultura cumple sus ciclos; pero no en el sentido spengleriano de organismos culturales cerrados que nacen y mueren como tales. La cultura es una sola a través del tiempo. No hay sucesión de culturas sino sucesión de formas u órdenes culturales dentro de la cultura universal. Cada uno de esos órdenes es el resultado de una nueva síntesis de la vida del espíritu, que incorpora "a la corriente vital histórica" los elementos valiosos de la época o el orden precedente.⁵

Una nueva cultura —o mejor dicho, porque no hay ni ha habido ninguna cultura sustancialmente nueva, un nuevo orden cultural— es siempre una nueva síntesis, pues, la historia de la cultura humana no tiene solución de continuidad.

Todo indica que el proceso evolutivo de los órdenes de cultura diferenciados —de las síntesis sucesivas, en el proceso continuo del devenir universal— es el ciclo de desarrollo, plenitud y declinación de un régimen de conciencia, en la realización histórica de los modos de experiencia y de expresión que le son propios. Nuevos factores determinan crisis en la funcionalidad normal del sistema, y el tránsito necesario a otro régimen, a otro orden, en virtud de un nuevo orden de conciencia.⁶

Tal evolución cíclica fue erróneamente interpretada por Spengler:

De ahí la similitud que halló Spengler entre el desarrollo de la cultura y la vida de las plantas, haciendo pie en la metamorfosis natural intuita por Goethe. Mas, la misma similitud podría hallarse con la vida de todos los organismos vivientes, incluso el hombre

³ *Ibidem*, p. 10.

⁴ *Ibidem*, p. 232.

⁵ *Ibidem*, p. 81.

⁶ *Ibidem*, p. 82.

mismo. Ello es así porque la cultura es algo viviente; pero no lo es por sí y en sí, como pretende Spengler, otorgando a la cultura la autonomía de un ente real, sino porque está consustanciada con el proceso de la historia humana en su incesante devenir.

Al otorgarle ese carácter de ente real, Spengler hizo de la cultura un mito, olvidando que el único ente real es el hombre, y la cultura uno de sus atributos. Son la vida y la conciencia del hombre, los que evolucionan y determinan la metamorfosis.⁷

Vida y conciencia se hallan identificados en la evolución. Pero conciencia en el sentido amplio de espiritualidad, comprendiendo también lo inconsciente. Más aún, es precisamente en el Inconsciente, elevado a categoría metafísica, donde aquella identidad tiene su raíz:

Todo lo que ha sido y será realidad histórica, acontecer y forma en el mundo concreto de los fenómenos —y en cuanto al reino de la cultura humana se refiere— ha sido y será antes, en su esencia, forma mental, arquetipo platónico, categoría subjetiva; y aún más profundamente —puesto que esa misma forma mental es ya manifestación en el plano definido de la conciencia, de un destino recóndito más oscuro— profecía del ser, pero del ser aún inconsciente, que es lo subliminal y radical del ser, sumergido en las aguas de los orígenes.⁸

3. EL PROBLEMA DE LA CULTURA AMERICANA. A este problema lo conceptúa Zum Felde, "metafísico y sociológico al par".⁹ En ambos terrenos lo enfoca. Nos atenderemos aquí al primero. Sus desarrollos al respecto vienen determinados por sus ideas generales sobre la cultura, que se han visto.

Para el esclarecimiento del problema de la cultura americana, habrá que tener en cuenta a la ciencia; pero por encima de todo a la metafísica, que el autor relaciona estrechamente con la profecía y con la mística:

Necesitamos, ciertamente, de la norma científica, si hemos de movernos en el plano de la realidad determinada y no en el cielo paradigmático de las ideas puras; pero necesitamos, no menos, sino más, de una conciencia metafísica, por cuanto todo lo que es devenir de lo real humano y metamorfosis histórica, pertenece esencialmente al reino de la profecía... Esta ubicación de lo profético en el plano de lo real subconsciente, que es menester desentrañar, con-

⁷ *Ibidem*, pp. 82-3.

⁸ *Ibidem*, pp. 22-3.

⁹ *Ibidem*, p. 21.

cilia y trasfunde la presencia integrativa de lo físico y de lo metafísico, de lo racional y de lo místico, como fuerzas necesariamente complementarias de las formas concretas de la cultura. Ello nos impediría caer, de suyo, en el sistema unilateral de las normas exclusivas, sean científicas o proféticas.¹⁰

Pero si eso es así en el plano especulativo del estudio del problema, lo será con mayor razón en el plano activo e histórico de la elaboración de la cultura verdaderamente americana. El autor pasa insensiblemente, sin advertencia, de un plano a otro:

Los arquetipos mentales a que aludimos —en cuanto se refiere a los valores y formas de la americanidad en devenir— no son, en verdad, de otro orden, que aquellos provenientes de la voluntad recóndita del fatum. Pues, el fatum mismo, no puede ser distinto de nuestra voluntad de ser; porque nuestra voluntad conciente, si es metafísicamente verdadera —y sólo siéndolo puede alcanzar realidad histórica— es idéntica en sus fines al verdadero fin de la Historia, el cual, a su vez, está indicado por la realización histórica del Hombre.

Son las virtualidades del Sublime Inconciente las que irán plasmando las formas de la objetividad viva, adaptándola a su imagen paradigmática... Identificando nuestra conciencia con la vida del ser mismo, en voluntad creadora original... es como encontraremos los caminos de la propia virtud creadora de cultura. Y esta vida con la cual hemos de identificarnos, es lo que está, no fuera, sino dentro de nosotros, en la sumidad subliminal del Yo más profundo.¹¹

De acuerdo con eso, sobre esa base metafísica, el punto de vista de Zum Felde, fundamentado con profusión a lo largo del libro, es que la cultura americana genuina no existe todavía, pero que están dadas las condiciones históricas para su creación por nuestro esfuerzo voluntario. Como norma para esa cultura precogniza "un régimen de razón", que sea resultado del "equilibrio de los principios" representados por Dionisos y Apolo. Porque "la auténtica y cabal norma de razón, no puede excluir ningún contenido profundo de la conciencia; lo emotivo, lo intuitivo, lo subliminal, lo subconsciente, todo ese mundo interior oscuro e imperioso, que constituye nuestro Yo viviente".¹² En relación con esto refuta, tanto como al positivismo, al bergsonismo, considerándolo una postura de decadencia de la cultura sensualista burguesa.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 21 y 23.

¹¹ *Ibidem*, pp. 25-6.

¹² *Ibidem*, p. 165.